



H A S E K U R A:

LAS VALIOSAS COLECCIONES DE
LA CASA DE ASIA TESTIMONIAN
LA PRESENCIA DEL ARTE JAPONÉS
EN CUBA. HASEKURA
TSUNENAGA, EL PRIMER JAPONÉS
EN VISITAR LA HABANA, VENÍA
AL FRENTE DE LA EMBAJADA QUE
PROPONÍA EL COMERCIO DE TAN
APRECIADOS OBJETOS.

por **RAFAEL LÓPEZ SENRA**
fotos: **ODALYS ROBLEJO**

En 1614 La Habana aguardaba con agitación la reunión de la flota. Anualmente naos provenientes de diversos puertos del Caribe, arribaban a esta ciudad con mercaderías del Nuevo Mundo, para luego ser escoltadas por embarcaciones artilladas hacia la metrópoli española.

De todas estas naves, sin dudas la que causaba mayores expectativas era la de Nueva España. Procede de la pequeña y fortificada isla de San Juan de Ulúa, estratégicamente situada frente a las costas de Veracruz, transportaba en sus bodegas la plata amonedada necesaria para las transacciones comerciales, junto a exóticos productos del Oriente: las finas porcelanas Ming y Quing de la China, e Imari del Japón; la loza Satsuma; sedas brocadas; maderas preciosas convertidas en lujosos cofres; exquisitas y olorosas especias...

Con tal de llegar a su destino, esta mercancía realizaba previamente un largo periplo por la ruta comercial más extensa de esa época: a través del Océano Pacífico, entre las ciudades de Manila, en las Filipinas, y Acapulco, en la costa oeste de México, para ya en

ahínco con que conducían las actividades comerciales de sus respectivas metrópolis.

Fray Luis de Sotelo llegó a esas tierras en 1606, cuando arreciaba la persecución de los cristianos por el shogún Tokugawa Ieyasu, so pretexto de que propagaban una religión nociva, mas en realidad se debía a la preocupante acumulación de poder en manos de esos misioneros.

Aun así muchos japoneses se convirtieron; uno de ellos fue Date Masamune, hábil político y guerrero que también devino mecenas de intelectuales y artistas. Éste dirigía cada vez más su atención al comercio con los europeos, al igual que hombres como Toyotomi Hideyoshi e, incluso, el propio shogún Tokugawa Ieyasu.

Sotelo resultó el promotor de la peculiar empresa. Le sugirió a Masamune comenzar su embajada por el Cabildo sevillano, ciudad natal del religioso, proseguir hacia la Corte española y culminar en la Santa Sede.

Con este fin se dispuso construir un galeón siguiendo patrones europeos, único de su tipo en la historia de Japón. La fabricación de esta embarcación

P R O A A O C C I D E N T E

tierra —a lomo de mulos— atravesar Ciudad de México y Jalisco hasta Veracruz y San Juan de Ulúa.

Ese año, de la nave de Nueva España desembarcó en la villa de San Cristóbal de la Habana una espectacular comitiva que, ataviada con exóticas y deslumbrantes vestiduras, encabezaba Hasekura Tsunenaga, samurai al servicio del señor de Oshu, Date Masamune, y quien portaba sendas embajadas a la ciudad de Sevilla, al rey de España y al Papa en Roma.

Hasekura Tsunenaga se hacía acompañar por fray Luis de Sotelo, de la Orden de San Francisco, quien además de servirle de intérprete, era el gestor de un atrevido proyecto: crear una ruta comercial directamente desde el Japón, al margen del galeón de Manila.

Tal empresa era el resultado de más de cincuenta años de labor misionera de la iglesia católica en el archipiélago nipón.

EL CRISTIANISMO LLEGA A JAPÓN

Los primeros europeos llegaron a Japón alrededor de 1543, y en 1549 comenzó la cristianización de ese país por san Francisco Xavier. Durante el último cuarto del siglo XVI numerosos religiosos arribaron a las costas niponas enarbolando la fe cristiana con el mismo

contó con la asesoría de un español llamado Sebastián Vizcaíno, y fue sin lugar a dudas una proeza para su tiempo, teniendo en cuenta la nula experiencia de los japoneses en la construcción de semejantes naves.

EL GALEÓN JAPONÉS

Masamune y Vizcaíno acordaron armar este barco durante una reunión en la ciudad de Edo (actual Tokyo), el 24 de junio de 1611, de ahí que la nave fuese bautizada con el nombre de «San Juan Bautista», por corresponderle ese día en el santoral católico.

Hacia América partiría en ese galeón la figura elegida para llevar a cabo la misión diplomática, quien no podía ser otro que Hasekura Tsunenaga, también conocido por el sobrenombre de Rokuemon. Hombre de confianza de la familia Date, sirvió a ésta en las campañas de Corea, donde había demostrado ser un sagaz negociador, cualidad que reafirmó durante su misión en Europa.

Este viaje sería el segundo y último entre Japón y América hasta bien entrado el siglo XIX. Le había precedido una goleta armada y construida por el piloto inglés Will Adams, conocido como *Anjin san*, que había realizado idéntico periplo con veinte mercaderes



Piezas como este jarrón de loza Satsuma se confeccionaban para exportarlas a Occidente, donde eran muy admiradas por su rica y extravagante decoración.



Muebles confeccionados en Japón para el gusto occidental, profusamente exportados en el siglo XIX. En este juego se utilizó como elemento decorativo el emblema de la familia Tokugawa, a la que pertenecieron los últimos shogunes del Japón.

japoneses también interesados en establecer relaciones directas con el Nuevo Mundo.

Pero ese intento resultó fallido, pues la goleta fue confiscada y los comerciantes devueltos en otra embarcación. Precisamente el piloto de esta última nave, que naufragó a su llegada al archipiélago nipón, era Sebastián Vizcaíno.

La misión diplomática liderada por Hasekura insistiría en la apertura del nuevo derrotero comercial y promovería además la entrada en Japón de misioneros que propagaran la fe cristiana, el intercambio de plata de México por oro de Sendai y, sobre todo, el ingreso de nuevas tecnologías. Se piensa que Date Masamune secretamente se interesó en técnicas de uso militar.

El «San Juan Bautista» partió de la bahía de Tsukinoura, en la ciudad de Ishinomaki (actual prefectura de Miyagi), el 28 de octubre de 1613. A bordo viajaban Hasekura, Vizcaíno (piloto de la nave), los frailes Luis de Sotelo, Diego Ibáñez e Ignacio de Jesús, amén de otros treinta españoles y alrededor de ciento cincuenta japoneses entre samurais, marinos y sirvientes. Finalmente, luego de tres meses de travesía, la nave hizo su entrada en la bahía de Acapulco el 25 de enero de 1614.

Después del obligado periplo a través de la Sierra Madre, acompañado por una comitiva de treinta japoneses y por Sotelo, llegó Hasekura a la Ciudad de México, donde permaneció algo más de un mes, antes de iniciar viaje a San Juan de Ulúa con el fin de embarcarse rumbo a La Habana. En tanto, los comerciantes españoles en Manila se alarmaban ante la posibilidad de que se estructurase una ruta comercial con América que no fuese la suya.

Medalla conmemorativa de la misión de Hasekura Tsunenaga, emitida por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana en 1994.



UN JAPONÉS EN LA HABANA

Hasekura llegó a esta ciudad el 23 de julio de 1614, pero poco o nada se sabe acerca de su estancia, pues no se ha encontrado ningún documento que se refiera a las actividades que pudo realizar aquí.

Por otra parte, también desaparecieron los archivos privados de las órdenes religiosas luego de la confiscación de sus bienes a mediados del pasado siglo. Sólo se ha podido encontrar referencia del paso del japonés por la villa cubana en los Archivos de Indias, el museo de Sendai y la Biblioteca del Vaticano, donde se atesora una crónica sobre la visita de Hasekura, escrita por Escipione Amati y publicada en 1615.

Esos lugares fueron recorridos por el Historiador de la Ciudad de La Habana en aras de recabar toda información que permitiera rescatar a esa figura olvidada, incluidos los Archivos del Vaticano, el Palacio Quirinale en Roma (residencia del Papa Paolo V, en cuya sala regia aún se conserva un magnífico fresco que retrata la embajada japonesa) y la tumba de Hasekura en Sendai, en la prefectura de Miyagi.

Tras la reunión de la flota, Hasekura y su comitiva partieron para el viejo continente a bordo del galeón «San José» en agosto de 1614, y llegaron a San Lúcar de Barrameda, España, en octubre de ese mismo año.

Se sabe que el samurai visitó Sevilla y que, al ser acogido por el Cabildo, se dio lectura a una carta enviada por Masamune, que aún se conserva en esa ciudad. Una copia facsimilar de ese maravilloso documento se exhibe en la habanera Casa de Asia.

Al año siguiente Hasekura se encaminó a Madrid. Felipe III lo recibió a finales de enero y, días más tarde, fue bautizado con el nombre de Felipe Francisco en presencia del Rey y de toda la Corte, en el convento de las Descalzas Reales. Sus padrinos fueron el duque de Lerma y la condesa de Barajas.

Finalmente fue recibido por el Papa Paolo V en Roma; allí permaneció por tres meses antes de retornar a Sevilla.

De esta época data el pequeño retrato al óleo de Hasekura que se exhibe en el museo de Sendai, donde aparece con vestiduras europeas, en actitud orante frente a un crucifijo, aunque luce arma y peinado de samurai. Su mirada y la expresión del rostro no pueden ser más tristes.

Poco tiempo después de haber partido, el shogún Tokugawa Ieyasu promulgó



un edicto para los *daymios* (señores feudales), conocido como Buke-Shohatto, en el que se incluía la prohibición de construir barcos que cruzasen el océano. La misión enviada por Masamune quedaba al margen de la legalidad y, por ende, se hundía prácticamente en el fracaso.

Por otra parte, el rey Felipe III obró con desconfianza ante las peticiones de Masamune, debido a las noticias recibidas desde Nueva España sobre la persecución de cristianos en Japón. Sucedió que, con el nuevo proceso de unificación del estado japonés ante Tokugawa, la religión cristiana constituía un verdadero peligro, ya que establecía fidelidades al margen de la estructura feudal japonesa.

De ahí que a las gestiones diplomáticas de Hasekura, tanto en Madrid como en Roma, sólo se respondiera con promesas, quedando pendientes de solución sus peticiones de orden religioso y comercial.

Ante esta situación, Hasekura no pudo hacer otra cosa que retornar a su tierra. Salió de España acompañado por Sotelo y su comitiva en junio de 1617, y el 2 de abril de 1618 zarpaban de Acapulco en la ruta de tornaviaje hacia Manila.

Por promover relaciones directas entre Japón y España, fray Luis de Sotelo fue arrestado al llegar a esa ciudad, pues se había ganado la enemistad de sus compatriotas en Filipinas, quienes se verían imposibilitados de actuar como intermediarios en tan importantes transacciones comerciales.

Sólo pudo regresar a Japón en 1622, donde fue apresado nuevamente y quemado vivo luego de dos años de confinamiento en la ciudad de Omura.

En cuanto a Hasekura, al retornar a Japón en 1620, encontró a su señor Masamune en una posición política diferente a la de años atrás: su nueva misión consistía en

apoyar la orden del shogún de que todos los cristianos renunciaran a su fe bajo amenaza de pena de muerte.

Hasekura perseveró en esa creencia religiosa y, aunque su señor no lo persiguió, tuvo que vivir prácticamente clandestino hasta su fallecimiento, el 7 de agosto de 1622.

Muy cerca de la bahía habanera, por donde entrara hace cuatro siglos, en un futuro próximo podría erigirse una estatua de Hasekura, no para inmortalizar una misión baldía o a un hombre traicionado por su destino y su tiempo, sino para ponderar y perpetuar las relaciones fraternas entre Cuba y Japón, recordando al primer japonés que nos visitara.

RAFAEL LÓPEZ SENRA es especialista de la Casa de Asia de la Oficina del Historiador de la Ciudad.



Los *okimono*, pequeñas piezas confeccionadas con fines puramente decorativos, atrapan en marfil escenas y personajes populares, como este *sarumawashi* (actor ambulante).

Jarrón de loza Satsuma, producido en la isla de Kyushu a partir del siglo XVII. Como motivo decorativo alude a un popular juego de cartas llamado *Hyakunin isshu karuta* (100 poemas de 100 poetas), que en su conjunto representa el arquetipo de la sensibilidad estética japonesa. Confeccionada en el horno de la familia Shimazu, esta pieza es una de las inapreciables joyas de la colección de la Casa de Asia.